

ficiente vigor á resistirlos; pero el hombre civilizado y que conoce las leyes de la humanidad y del honor, jamas abusa de su debilidad para ultrajarlas; ántes bien las aprecia, las honra y las defiende de los insultos que les infieren los malvados. Las leyes civiles decididamente las protegen.

Finalmente, deben entender, y no es en vano repetirlo, que si los hombres las han separado de la guerra y del manejo de los negocios públicos, no es esto un efecto de desprecio, sino de respeto á su débil constitucion, y para reservarlas para aquellos objetos, á cuya conservacion la naturaleza privativamente las destina.

Yo quedo convencida, dijo Matilde, de que somos inferiores á los hombres por la debilidad de nuestro cuerpo, pero iguales á ellos por la naturaleza de nuestras almas, y á veces superiores á muchos por los dotes del espíritu.

Quedo tambien entendida de que esta debilidad no es un motivo para que nos insulten y desprecien, sino mas bien una recomendacion para que el hombre culto nos compadezca y estime en todos casos. Todo esto está entendido, pero dime: ¿esta debilidad de que se valen el salvaje gro-

sero y el ciudadano pícaro para oprimirnos como dices, es de tal gerarquía que por sola ella muchos hombres de nuestros paises no solo nos estimen y respeten, sino que se nos humillen y casi nos adoren en lo público? ¿Tan buenos son los hombres de mi tierra? ¿tan compasivos, atentos y rendidos? ¿tanto es el privilegio que concede á la muger la debilidad de su sexo, que por otra parte la hace inferior al hombre? ¡Oh! si los hombres obran con sinceridad como nosotras, ¡feliz es nuestra inferioridad, y dichosa la débil constitucion de nuestro cuerpo!

Iba el coronel á responder la graciosa ironía de su muger, cuando lo embarazó un accidente que sabrá el lector en el capítulo que sigue.

## CAPITULO V.

*En el que se trata un asunto de gravísima importancia.*

Acabamos de decir que iba á contestar el coronel á la irónica pregunta de su esposa, cuando entró en nuestra sala una criada de D.<sup>a</sup> Eufrosina dando unos gritos desaforados. Corra su mercé, decia,

corra su mercé, que quien sabe que le ha dado á la señorita.

Sorprendímonos todos con esta inesperada noticia: fuimos apresuradamente á la vivienda de D.<sup>a</sup> Eufrosina, y hallamos á Pomposita llorando y bañada en sangre, y á su madre privada en los brazos de una recamarera, toda temblando.

Apénas comenzaba D.<sup>a</sup> Matilde á preguntar la causa del accidente de su hermana, cuando entraron de visita seis señoritas jóvenes y una venerable beata rosa ya vieja, llamada D.<sup>a</sup> María que nada ménos era tia primera de la enferma y de D.<sup>a</sup> Matilde.

Con la ocurrencia de la enfermedad de la señora doña Eufrosina, las sa utaciones fueron sobre la marcha, pues á toda prisa se rodearon de la paciente, ménos la beata, que se dedicó á cuidar de la niña Pomposita.

Miéntas que el médico venia, comenzaron á determinar remedios cada una á cual mas. Una mandaba ligarle las piernas: otra apretarle el estómago fuertemente: esta, darle á oler el humo de la lava prieta: aquella, echarle agua fria en la cara y pecho: quién recetaba una rebanadita



Hallamos á Pomposita llorando y bañada en sangre, y su madre privada.

de pan empapada en aguardiente para el estómago: cuál unos fomentos de vino en los pulsos; en una palabra allí todas eran médicas, y nadie se temia por ménos para ponderar sus medicinas; y sin duda hubieran embadurnado de aceites á la enferma, la habrían amarrado como un cohete, y la habrían hecho absorber mas humo que el que cabe en un globo aerostático, si no estuviese presente el coronel, quien se ópuso de firme á que no se le hiciera nada de eso, diciendo que muchas medicinas de aquellas eran inútiles, y las demas perjudiciales, como son la fumigaciones y ligaduras. Trabajo le costó impedir que mortificaran á la enferma; pero por fin lo consiguió.

No porque las circunstantes veian sus remedios desaprobados, dejaban todas de expresar los sentimientos de su cariño hácia la enferma del mejor modo que podian. Una la apretaba el estómago, otra la tenia las manos; esta la levantaba la cabeza, aquella prevenia el vaso de agua, y todas gritaban, lloraban y regañaban á las criadas por la tardanza del médico. Aquella sala era una zambra de gritos y monadas, que yo para mi sayo, calificué de adulaciones.

En esto estaban cuando entró el médico, que por fortuna era un hombre instruido y prudente. La prisa con que lo llamaron y el alboroto que encontró en la casa previnieron su ánimo á creer que el mal era grave y ejecutivo. Preocupado de esta idea, y deseoso de cumplir con su obligacion, gastó pocas palabras en saludar, y se dirigió á la paciente. La tomó el pulso, hizo dos ó tres preguntas, la vió la cara con atencion, y se levantó muy sereno asegurando que aquello no era cosa de cuidado, y que dentro de un rato estaria perfectamente buena.

Al ver la frialdad del facultativo una de las señoritas que estaba prevenida con papel y tintero, no pudo ménos que decirle: Señor, ¿qué no receta V.? No hay necesidad, respondió el médico; y la dicha madama, creyéndose desairada, le dijo: ¿Cómo no? ¿pues no ve V. como está esta niña, y que si sigue así con ese temblor se nos puede quedar entre las manos, y lo peor es que se nos va sin sacramentos? ¿No será bueno que recete V. á lo ménos un poco de álcali volátil y tantita agua de la reina para el corazon? Yo no entiendo de eso, pero fui sobrina de un

famoso médico, que era doctor borlado, y todos los dias iba á mi casa y hablaba divinidades del álcali y de la agua de la reina para estos casos, y yo algunos remedios le aprendí, y los he mandado mil veces, porque quien anda en la miel algo se le pega; y ya V. sabe que de médico, poeta y loco todos tenemos un poco.

Señoritas, contestó el facultativo con mucha flema: no hay droga en la botica que no tenga sus alabadores y aficionados; y así no es mucho que la tenga el álcali, cuando no las desmerece el agua del pozo, la saliva, el carbon, los orines &c.

Por lo que toca á que todos tenemos un poco de médico, poeta y loco, con la venia de V. digo: que de loco, todos tenemos un mucho, y mas cuando nos metemos á dar nuestro voto en materias que no entendemos: pero de medicina y de poesía creo que muchos tenemos mas de entremetimiento que de inteligencia. Por mí le aseguro á V. que de poeta no tengo ni mucho ni poco. Una vez me quise meter á componer una quintilla y no la pude acabar; me quedé en cuatro piés como los brutos. Lo mismo creo que sucede á muchos cuando se meten á médicos. Ca-

da cual debe hablar de lo que entiende, y eso bien y poco; porque si un sastre quiere hablar de arquitectura, proferirá treinta mil blasfemias en esta facultad. Lo mismo se debe entender de todo y de todos.

La señorita se quedó muy fresca, no entendiendo la fuerza de la reprension, y movida de una agitante curiosidad le rogó le dijese la quintilla: á cuya pregunta el médico contestó, que la iba á hacer para reprender una niña que pensaba acertar en materias que no entendia, y decia de este modo.

Si sin noticia ni guia  
quieres ir por un camino  
que no sabes, Celia, mia,  
te perderás de contino,  
y.....

*Será una bobería*, dijo la señorita, ponerse uno á andar por un camino que no sabe, sin tener quien lo lleve ó lo dirija. ¡Vea V. que ocurrencia! dijo el médico en tono de admiracion: V. ha concluido mi verso fácilmente en un instante, y yo no pude concluirlo en cuatro noches, despues de haberme quemado las cejas á la llama de cuatro velones de á medio, que tantos

consumí para acabar mi desgraciada quintilla. Ciertamente V. tiene mas de poetisa que de médica.

Bien distraidos estaban todos con la conversacion, unos hablando y los demas oyendo, cuando la enferma exhaló un suspiro, abrió los ojos y manifestó su total alivio, sorprendiéndose al verse rodeada de tanta gente, entre la que extrañó al médico, porque no era el de casa, aunque era mejor. Este, concluida su visita, que no pasó de visita, previno solamente que removiesen del ánimo de la señorita todo motivo de disgusto para que estuviera tranquila, pues este era el único y legítimo remedio en tales excesos, y dicho esto, se despidió.

No llegaría á la escalera, cuando entró en la sala D. Dionisio Langaruto, acompañado de dos oficiales y un colegial, que venian de jugar cuatro ó cinco treguas al villar, las que habia ganado el partido contrario.

Ninguna novedad hizo á D. Dionisio el encuentro del médico ni el alboroto que halló en la casa. Incómodo totalmente con la poca destreza de sus compañeros, y teniendo por un punto de honor ultrajado que hubiesen perdido las treguas del de-

safio, reñía ásperamente á sus amigos, los que con una humillacion servil se disculpaban mutuamente, sonriéndose de paso de la necedad y enojo de Langaruto, de lo que este se incomodaba mas, y decia: Yo no siento haber perdido las seis onzas, á mí no me duele perder el dinero: con cien pesos yo no soy ni mas rico ni mas pobre. Ustedes bien saben que estoy hecho á tirar la plata, pero en regla. Lo que me incomoda es que nos hayan dado capote, que no viéramos una, y que aun la última tregua llevándola tan aventajada hubiera quedado por ellos. Vamos, que Vdes. son buenos chaufas.

Este zonzo tuvo la culpa, respondió el colegial señalando á un alfez: yo le decia que no tirara fuerte, sino que vendiera el cinco; pero quiso lucir el buen taco, tiró palos en seco, me vendió á mí, y fué causa de que se llevara el diablo el partido.

No hay cuidado, decia el militar, la confianza con que yo juego con ellos me hizo no recelar, y el maldito casquillo del taco, la bola fifiada y la mesa tuerta fueron la causa de que erraran la bola, que si nó, era bolada de acabar la tregua con los palos que tiré.

Eso sí, decia Langaruto, despues de los ladrones trabucazos. Ahora que nos ganaron y estarán brindando á nuestra costa y riéndose de nuestra inhabilidad, estás tú echando bravatas. Ya se vé, la bola, el taco y la mesa tuvieron la culpa, ¿no es verdad? Mucho fué que no te estorbara la taquera y el cajoncito del salvado. Anda, chanflon.

Muy incómoda estaba Eufrosina oyendo la acalorada disputa que su esposo tenia con sus amigos, sin hacer el menor aprecio de su mal; y así hecha una furia se levantó del asiento y le reconvino, diciéndole: ¿Qué, ha pensado V. que no tiene muger, ó créé que estoy pintada ó soy alguna sirvienta de su casa? ¿No es una picardía, no es una desvergüenza intolerable ver que me esté muriendo por esa maldita muchacha, y ni siquiera le merezca al señorito la mas mínima señal de atencion? Ya se vé, que yo nací para infeliz, y....

Aquí comenzó á llorar amargamente. Las parientas y amigas la consolaban con mil caricias; y el bueno del caballero Langaruto, atónito con el resoplido que acababa de escuchar, trató de satisfacer á

madama del mejor modo; y cuando supo que la causa de la mohina habia sido haber encontrado á Pomposita chupando un cigarro, quisiera descargar su furia sobre la pobre criatura, para hacer ver que sentia el mal de Eufrosina, y que lo sabia vengar bien; mas el coronel contuvo su fuerza, deteniéndolo y prorrumpiendo con la mayor energia estas expresiones: ¿Qué es esto? ¿Estan Vdes. infatuados ó adolecen de una violenta fiebre? Por un cigarro.... ¡Voto á mis pecados! ¿Por un cigarro han sido tantas alaracas? Vamos, que esto no se puede creer entre personas de juicio y experiencia.

No por un cigarro, dijo á ese instante D.<sup>a</sup> Eufrosina, sino por el atrevimiento de la persona que chupa ese cigarro. ¿Quién le ha dicho á esta mocosa malcriada que se ha de poner á chupar á escondidas mias? No faltaba mas, sino que la niña de siete á ocho años, que aun no sale del cascaron, ya quiera andar con el cigarrito en la boca todo el dia. Noramala para ella: así la vuelva yo á ver otra vez, que le aseguro que ha de ir á pepenar los dientes á la calle.

Tienes mucha razon, mi alma, decia la

tia vieja, tienes mucha razon: yo quiero á Pomposita como si la hubiera parido; ya se vé, tiene mi misma sangre al fin, y mas vale gota que libra; pero la verdad, yo no voy fuera de la razon, es mucha picardía que las niñas chupen. Ya se vé, tales estan las cosas en estos tiempos, que ya los mocosos les piden la lumbre á los viejos. Todo está malo, todo está perdido; á fe que en mi tiempo, ¿cuándo, cuándo una niña habia de tener la avilantez de chupar delante de los grandes? ¿Qué digo? ni aun á escondidas. Muy buen cuidado tenian las madres de registrarles los dedos á sus hijas para ver si chupaban; y pobre de la que los tenia amarillos, ya se podia componer; porque despues de que la castigaban muy bien, le quemaban la boca con un huevo caliente; pero ahora ya chupan por detras de nosotros todas las niñas y nos echan el humo en la cara, Haces muy bien, Eufrosina, haces muy bien de castigar á tu hija: no, no le dejes pasar estas perradas.

No hace muy bien de castigarle este defecto leve, si lo es, y mucho ménos con tanta crueldad como ahora, dijo el coronel: yo no me quisiera meter en esto, por-

que cada uno manda en su casa; pero me ha escandalizado ver castigar tan cruelmente á mi sobrina por una culpa, que si lo es, mi hermana y mi hermano se la han enseñado.

¿Cómo nosotros? decia Eufrosina. Así como lo oye V., hermana, respondió el coronel. Si esa niña jamas hubiera visto chupar á V. ni á su papá, ni á mí, ni á ninguna persona grande, seguro está que lo hiciera; pero vé que todos lo hacen; que no se hallan sin el cigarro, que es una especie de atencion y obsequio el darse cigarro; que apénas entra una visita, luego se pide el braserito de la lumbre; y por último, vé que todos chupan, y que aun alaban el chupar, diciendo que el cigarro es un buen amigo, que en los gustos alegra, y en las tristezas consuela. ¿Qué concepto ha de formar de este vicio cualquiera niña que ve y oye todo esto? El mas favorable, el mas lisonjero sin duda alguna; y á consecuencia ha de desear experimentar por sí misma las dulzuras que oye decir se hallan en él, y luego que tenga ocasion ha de poner en práctica su deseo, como lo ha hecho Pomposita.

Yo no diré que es bueno que los niños

aprendan á chupar desde muy temprano, ni ménos que se les permita hacerlo delante de sus mayores, conozco la fuerza de la preocupacion; pero no me detendré para decir que cuando lo hagan, poco se pierde, y este no es un pecado casero que merezca una dura penitencia. Por mí, aseguro á Vdes., que si mañana advierto que mi hija se inclina al cigarro, lo veré con la mayor indiferencia; y no solo sino que tendré cuidado de que no le falten, para que cuando grande no solicite tal vez quien se los dé, ni busque la soledad ni la compañía de las criadas, siempre perniciosas, por no poder chupar delante de sus padres.

¡Bravo, bravo! dijo riéndose D. Dionisio: V., hermano, ha hecho grandemente la defensa de mi hija. Déjala Eufrosina, ¿qué importa que no chupe ahora, si mañana, como dice tu tia, te echará el humo en los ojos? Yo voy con la opinion de mi hermano.

Yo no, dijo Eufrosina, encendidas en cólera las mejillas: caro le ha de costar á la mocosa tamaña picardia. Le arrancara la lengua, le sacara los dientes y le quemará la boca si tuviera el grandísimo atrevimiento de chupar un cigarro en mi presencia.

Vaya, hermana, no se acalore V., decia el coronel: advierta V. que el chupar es en sí indiferente, y nosotros lo defendemos como bueno, algunas veces como útil á la salud, y nunca lo tenemos como un delito. ¿Por qué, pues, lo que para nosotros es bueno, útil y honesto, en las criaturas lo hemos de condenar como un crimen? Si Pomposita se hubiera inclinado á tomar polvos, V. no se enojara, y aun le abonaria por gracia que sacara la cajilla del tabaco en su presencia. ¿Pues por qué ha de ser lícito al muchacho tomar tabaco por las narices, y no le ha de ser permitido el usarlo por la boca? Y esté V. segura de que si hubiera visto mas polvistas que chupadores, se habria dedicado á tomar polvos ántes que á chupar; pero ha visto lo contrario, y así ha seguido lo que ha visto mas practicado.

Sea lo que fuere, decia Eufrosina, así me criaron mis padres, y así he de criar yo á mi hija, y caiga quien cayere.

Pero hermana, ¿siempre y en todo hemos de ir con lo que nos enseñaron los antiguos? ¿Nunca nos hemos de apartar de sus caprichos, aunque se nos pruebe que lo son? A la verdad, ese es mucho ser-

vilismo, y la autoridad de nuestros mayores debe ser respetada, miétras la razon y la experiencia no nos manifiesten su extravio.

Yo quisiera que Pomposita hiciera á V. este argumento, á ver qué le respondia: „Mamá, V. me debe enseñar siempre lo bueno, y me debe dar buen ejemplo. Ahora bien: ó el chupar es bueno ó es malo. Si es bueno, ¿por qué me lo me priva? y si es malo, ¿para qué lo hace en mi presencia?“ Vaya, hermana, ¿qué responderia V. á este apretoncillo?

Le plantara un buen par de bofetadas, y le quitaria las ganas de ponerse á dimes y diretes con su madre.

Esa es una respuesta muy eficaz para imponerle silencio, decia D. Rodrigo, pero no para convencerla. Hay muchos superiores que tienen á mano este fácil expediente para hacerse obedecer de sus inferiores, aun en lo injusto; pero este se llama despotismo, el que jamas es lícito ni á los padres, ni á los maridos, ni á los amos, ni á ninguna clase de superiores, pues con tan indigno modo se hacen temibles, pero jamas amables. Sus órdenes injustas se obedecen con la misma gana que

la mula estira el coche, y apenas pueden, cuando los inferiores las eluden con desprecio.

Los reyes y los gobiernos ilustrados como el nuestro, nos hacen ver que el superior jamas se degrada cuando satisface al súbdito con razon. ¿Quién mejor que los reyes y sus viceregentes pudieran mandar cualquiera cosa, sin tener que decir mas sino: hágase esto porque yo lo mando? Pues ya V. habrá leído muchas reales órdenes en las gacetas, y habrá advertido que dice el rey: Habiéndome representado el mi consejo esto ó aquello, y atendiendo á la utilidad de mis vasallos &c. &c., he venido en mandar esto ó lo otro. Así tambien ha leído los bandos publicados en esta capital, y ha visto que en unos se da razon de que lo que se manda es por orden del soberano; y en otros, que se determina una providencia para conservar la tranquilidad y buen orden, para subvenir á las urgencias del estado, ó para los fines que se expresan; pero nunca habrá V. visto una real orden ó una superior determinacion, que, como se dice, á raja tabla y sin ningun prelude, diga: Mando esto, mando lo otro, sin

dar razon al público de por qué se manda.

Esto prueba lo que ya dije, que estas racionales satisfacciones jamas degradan al superior, y que el no darlas cuando conviene, es un grosero despotismo. Porque sí, ó porque no, son razones de cabocuada. Decir, haz esto porque quiero, aunque el otro conozca la injusticia de lo mandado, es una tiranía insufrible, pero muy antigua en el mundo. Juvenal nos refiere de aquella muger que pedia á su marido que crucificara á un criado inocente, sin mas razon que su voluntad. Esto no es tolerable, y ménos entre cristianos.

Oiga V. una decimita que en cierta vez escribí al mismo asunto.

Un señor una ocasion  
á un criado suyo reñia,  
y si este le respondia,  
le decia el amo: Chiton,  
chiton, ó de un mojicon  
te dejaré sin sentido.  
Callaba el criado aturdido  
sobrándole que decir;  
porque este modo de argüir  
já quién no deja concluido?

A todos seguramente; y así ya V. verá que las bofetadas lastiman, pero no con-

vencen, y que no le es á V. lícito usar semejantes soluciones con su niña.

Pues por último, hermano, dejemos esto, contestó Eufrosina: cada cual tiene su modo de matar pulgas. Yo así quiero criar á mi hija: V. crié á la suya como quiera, que seguro está que yo me meta con V., así como no me metí el otro día que la regañó tanto solo porque le dió un palo al gato: y en verdad que eso era una niñería que no merecía la pena.

V. dice muy bien, hermana: me ha convencido V., soy un entremetido: ya no volveré á hablar en la materia. ¡Sobre que cada cual tiene su modo de matar pulgas! Pero vea V.: cuando reprendí á Pudenciana porque le dió un palo al gato, no la lastimé, sino que le hice ver que hacia mal, pues el gato no le hacia daño. La enseñé que debemos tratar á los animales con lástima, porque son criaturas de Dios; y le advertí que quien no tiene piedad con los brutos, quien se complace en maltratarlos solo por ser brutos, está muy cerca de ser un opresor de los hombres, siempre que pueda valerse de su debilidad. Por esto la reprendí, y esto la enseñé. V. dirá si tuve razon, y si me maneje con tal cual prudencia.

D.<sup>a</sup> Matilde que habia guardado silencio en toda esta escena, advirtiendo que su esposo estaba algo incómodo con las respuestas altaneras y de pié de banco de su hermana, trató de cortar del todo la fastidiosa conversacion, y para ello con la mayor prudencia dijo á Eufrosina: Mi alma, siento tu mal rato, y me alegro que te hayas aliviado. Evita cuanto puedas encolerizarte, porque ya ves el daño que esto hace á tu salud. Yo me retiro porque voy á ver qué hace mi peloncilla por allá adentro. Con esto se despidió, y el coronel no tardó en seguirla.

Así terminó la famosa disputa del cigarro; ¡pero cuándo no corren igual suerte las disputas mas célebres y contenciosas! El amor propio cuando se desarregla, que se desarregla muy seguido, es un tirano que cautiva nuestros entendimientos, y los sujeta al antojo, al engaño y la preocupacion. Ordinariamente disputamos mas por vanidad y por hacer valer nuestra opinion, que por indagar la verdad, y esta es la causa de que las mayores necedades se defiendan con ardor, de que se desprecien las razones mas sólidas, y de que no haya modo de confesar que hemos errado. De